

portando en otra el dolor y la miseria; voluntad que es su propio verdugo, sin ver que, como Tieste, se alimenta con su propia carne; que, por una parte, lamenta sus desgracias inmerecidas, y por otra, sin temor á la Némesis comete todos los crímenes, únicamente porque no se reconoce en el fenómeno de otro, porque no ve la justicia eterna, y porque, esclava del principio de individuación, permanece sujeta al modo de conocimiento regido por el principio de razón. Practicar la caridad y las buenas obras es desengañarse de las ilusiones y los espejismos de Maya. Amar á la humanidad es el signo inseparable de este conocimiento.

Lo contrario del remordimiento, cuyo origen y significación hemos explicado antes, es la tranquilidad de conciencia, la satisfacción que proporciona toda acción desinteresada. Este contento nace de que una buena obra, producida por el conocimiento que nos muestra la identidad de esencia entre nuestro ser y los fenómenos ajenos, es al mismo tiempo una confirmación de ese conocimiento; nos atestigua que nuestro verdadero *yo* no existe sólo en nuestra persona, que no es más que un fenómeno aislado, sino en todo lo que respira. Esta certidumbre ensancha el corazón, mientras que el egoísmo le oprime. Este último concentra nuestro interés en el fenómeno aislado de nuestra persona, y la inteligencia nos muestra sin cesar los peligros innumerables que nos amenazan, produciendo en nosotros una disposición inquieta y recelosa, mientras que la convicción de que el mismo ser anima todo lo viviente, de igual modo que nuestro propio individuo, ensancha nuestra simpatía, la extiende á todo lo que vive y dilata el corazón. Disminuyendo el interés hacia el propio *yo*, templa nuestra inquietud y la ataca en su raíz; de ahí viene esa serenidad tranquila y confiada que dan á la fisonomía un carácter

virtuoso y una conciencia recta, y esta expresión se acentúa más después de realizar una buena obra, porque así viene á consolidarse la base de nuestra disposición psíquica. El egoísta se siente rodeado de extraños y de enemigos, y toda su esperanza se funda en su propio bienestar. El bueno vive en un mundo poblado de amigos, y el bienestar de cada una de estas criaturas es al mismo tiempo el suyo. Por consiguiente, aunque el conocimiento del destino humano no tenga nada de alegre, con todo, la firme convicción de hallar el propio ser en todas las criaturas vivientes da cierta ecuanimidad y hasta cierta alegría. El interés, extendido á innumerables seres, no puede inquietar tanto como concentrado en un solo fenómeno. Las probabilidades que recaen sobre la totalidad de los individuos se compensan, mientras que las que conciernen á un hombre solo, necesariamente producen la felicidad ó la desgracia.

Aunque hasta el día otros han establecido principios de moral presentándolos como preceptos de virtud y como leyes á las cuales había que obedecer necesariamente; yo, como ya he advertido, no puedo hacer otro tanto, pues no tengo ley, ni deber que imponer á una voluntad eternamente libre. En cambio, en el curso de mis consideraciones, he enunciado una verdad puramente teórica, de la cual es esta obra el desenvolvimiento, y que puede en cierta medida, desempeñar una misión análoga á la de los principios de moral á que aludía. Esta verdad es que la voluntad es la esencia en sí de cada fenómeno, pero que ella, en cuanto voluntad pura, está emancipada de las formas del fenómeno, y por consiguiente de la multiplicidad. Si la aplico á la conducta, no encuentro fórmula más elevada para expresar esta verdad que la que dan los Vedas y antes cité: *Tat twam asi!* (*Este eres tú.*) Aquel que con toda claridad de conoci-

miento y toda firmeza de convicción, pronuncia mentalmente esta fórmula, refiriéndola á cada criatura con la cual se ponga en contacto, posee por este mismo hecho la fuente de toda virtud y de toda beatitud, y está en el camino recto que conduce á la salvación.

Antes de mostrar, á modo de conclusión de todo lo que vengo exponiendo, cómo el amor, cuya fuente y esencia hallamos en una inteligencia que penetra más allá del principio de individuación, conduce á la salvación, al abandono completo de la voluntad de vivir, esto es, de todo querer en general, y cómo otro sendero, menos suave pero más seguido, conduce también al hombre al mismo punto, debo exponer y explicar una proposición paradógica, no por paradógica, sino por verdadera, y porque completa el pensamiento que tengo que desarrollar. Esta máxima es la siguiente: «Todo amor (*αγάπη*, caritas) es piedad.»

§ 67.

Hemos visto que la inteligencia, cuando se halla penetrada en menor grado del principio de individuación, produce la justicia, y elevándose más, la bondad verdadera, que se manifiesta en el amor puro y desinteresado á los demás. El hombre perfectamente bueno da á la suerte del prójimo la misma importancia que á la suya; la bondad no puede ir más allá, pues no hay razón alguna para dar á otro preferencia sobre uno mismo. Pero cuando la vida ó la suerte de una colectividad humana están amenazadas, puede ocurrir que ese peligro se sobreponga en un individuo á toda consideración de bienestar particular. En casos tales, un carácter que ha llegado á la bondad suprema y á la generosidad cumplida sacrificará su felicidad y su existencia á las de la mayo-

ría: así murieron Codro, Leonidas, Régulo, Decio Mus, Arnolfo de Winkelried; así se abnega todo hombre que voluntaria y deliberadamente va á una muerte segura por la salvación de los suyos ó de su patria. A esta categoría pertenecen también los que aceptan los tormentos y la muerte para sellar con su sangre lo que debe constituir la dicha y formar el patrimonio de la humanidad entera, es decir, para hacer triunfar alguna gran verdad ó desarraigar algún poderoso error; así murió Sócrates, así Jordano Bruno; así más de un héroe de la verdad pereció en la hoguera á manos de los sacerdotes.

Debo recordar á propósito de la paradoja antes enunciada que, como hemos visto, el dolor es parte esencial é inseparable de la vida; que los deseos nacen sin excepción de una necesidad, de la falta de algo, de un dolor; que toda satisfacción no es más que la supresión de un dolor, no una felicidad positiva adquirida; que los placeres mienten á la esperanza afirmándola que son un bien positivo, cuando en realidad son de naturaleza negativa y se reducen á la mera cesación de un mal. Según esto, todo lo que hacen por los demás, la bondad, el amor y la generosidad no tiende á otra cosa que á calmar sus dolores, y lo que excita á realizar buenas acciones y obras de caridad es siempre *el conocimiento del dolor ajeno* sacado de la propia experiencia y considerado como si fuera nuestro. De ahí resulta que el amor puro (*αγάπη* caritas) es, en esencia, piedad, siendo indiferente que el dolor que alivia, categoría á la cual pertenece toda aspiración no satisfecha, sea grande ó pequeño. No vacilo en ponerme en oposición directa con Kant, que no quiere reconocer más bondad verdadera ni más virtud que las que se derivan de la reflexión abstracta, y especialmente de la noción del deber y del imperativo categórico y que considera el sentimiento de la piedad como

debilidad más bien que como virtud. Digo, pues, en contradicción con Kant, que una pura noción es tan estéril para la verdadera virtud como para el verdadero arte: Todo amor puro y verdadero es piedad, y todo amor que no es piedad es personalidad. El amor personal es el *εργος*, la piedad es el *αγαπη*. Es frecuente hallar una mezcla de los dos. Hasta la amistad sincera se compone de personalidad y de piedad: la primera reside en el placer que nos proporciona la presencia de un amigo, cuya individualidad se armoniza con la nuestra y constituye casi siempre el elemento dominante; la piedad se manifiesta en la parte sincera que tomamos en sus bienes y males y en los sacrificios desinteresados que por él hacemos. Spinoza dice ya: *benevolencia nihil aliud est quam cupiditas ex commiseratione orta.* (Eth., III, pr. 27, cor. 3, schol.) Conviene observar en apoyo de nuestra máxima paradójica que el tono y las expresiones del lenguaje, así como las caricias del amor puro, son idénticas con las expresiones de la piedad; en italiano, dicho sea de pasada, la piedad y el amor puro son expresados con una misma palabra: *pietà*.

En este lugar debemos estudiar una de las más sorprendentes propiedades de la naturaleza humana, la del llanto que, como la risa, pertenece al número de las manifestaciones que distinguen al hombre de las bestias. Las lágrimas no son en manera alguna la expresión directa del dolor, pues son raros los dolores que hacen llorar. A mi juicio, no se llora jamás por el dolor inmediatamente sentido, sino cuando su imagen vuelve á nuestro espíritu. Se pasa, en efecto, del dolor sentido, aunque sea corporal, á su mera representación, y entonces hallamos tan digno de piedad nuestro estado, que si el afligido fuera otra persona, indudablemente nos apresuraríamos á socorrerla penetrados de compasión y de

amor: llenos de las disposiciones más caritativas, somos nosotros mismos los que más necesidad tenemos de auxilio; sentimos que padecemos más de lo que podríamos ver padecer á otro, y en esta disposición tan complicada en que el dolor directamente experimentado entra en la percepción después de un doble rodeo, siendo imaginado y sentido como ajeno por la piedad y luego repentina y directamente percibido otra vez como propio, la naturaleza encuentra alivio en esa extraña convulsión del cuerpo.

Llorar, es, pues, *tener piedad de sí mismo*, es la piedad volviendo á su punto de partida. Para poder llorar se necesita ser capaz de amor y de piedad y estar dotado de imaginación; por eso el hombre que no tiene ni imaginación ni corazón, difícilmente llora; las lágrimas se consideran también como signo de cierto grado de bondad de carácter y desarman la ira, pues se comprende que quien es capaz de llorar, es capaz de amor, es decir, de piedad hacia los demás, precisamente porque la piedad, como acabo de mostrar, se resuelve finalmente en lágrimas. Petrarca concuerda enteramente con esta explicación, cuando expresando con ingenuidad y franqueza lo que siente, describe el origen de sus lágrimas:

«Y vo pensando: e nel pensal m'assale
Una pietá si forte di mi stesso,
 che mi conduce spesso
 ad alto lagrimar, ch'i non solleva.»

Confirma también mi parecer el hecho de que los niños, cuando se hacen daño, suelen no llorar hasta que se les compadece; por consiguiente, no es el dolor, sino su representación, lo que les hace llorar.

Cuando lo que nos hace llorar no es nuestro dolor sino el ajeno, depende esto de que con la imaginación nos

ponemos en el lugar del que padece ó percibimos en su suerte el destino de toda la humanidad, y por consiguiente el nuestro; volvemos, pues, siempre, mediante un largo rodeo, á llorar por nosotros mismos, y de nosotros es de quien tenemos piedad. Este parece ser el motivo principal que hace que de una manera constante y por lo mismo natural, lloremos la muerte de un semejante nuestro. No es su pérdida lo que se llora; nos avergonzaríamos de derramar lágrimas tan egoistas, cuando muchas veces lo que nos avergüenza es no llorar. Lo que se deplora, ante todo, es la suerte del difunto, y sin embargo se llora igualmente cuando la muerte ha sido para él el descanso apetecible de largos, penosos é incurables padecimientos. Y es, que nos condelemos principalmente del destino de la humanidad entera, entregada á una condición efímera, y en virtud de la cual toda existencia, por ambiciosa y hasta bien empleada que haya sido, está destinada á extinguirse y á reducirse á la nada. En este destino de la humanidad reconocemos ante todo el nuestro, tanto más cuanto más allegado á nosotros fuese el difunto y en el más alto grado cuando se trata de un padre. Hasta cuando la edad y las enfermedades hacen que la vida sea un tormento para el padre, y éste es una pesada carga para el hijo, que no puede socorrerle, el último llorará siempre, por los motivos indicados, la muerte del autor de sus días.

§ 68.

Después de esta digresión sobre la identidad del amor puro con la piedad y sobre el fenómeno de las lágrimas, síntoma de una piedad que recae sobre nosotros mismos, reanudo mis explicaciones de la significación moral de la conducta, para mostrar cómo el manantial

único de donde salen la bondad, el amor, la virtud y la nobleza de alma, se deriva en último término de lo que llamo la negación de la voluntad de vivir.

Así como vimos que el odio y la maldad nacen del egoísmo y éste de la sujeción del conocimiento al principio de individuación, hemos hallado como origen y esencia de la justicia, y luego, á mayor altura, del amor y de la generosidad, el olvido de ese principio de individuación, olvido que suprimiendo la diferencia entre nuestra propia individualidad y las ajenas es lo único que hace posible y explica la perfecta bondad de corazón, el amor más desinteresado y hasta la abnegación más magnánima.

Si este olvido del principio de individuación, si este conocimiento inmediato de la identidad de la voluntad en todos sus fenómenos existe en alto grado, ejercerá una influencia todavía más profunda sobre la voluntad. Cuando se descorre el velo de Maya, cuando se penetra más allá del principio de individuación y el hombre no establece ya una distinción egoista entre su persona y el resto del mundo; cuando toma parte en los dolores de otro como si fueran suyos y llega de esta suerte, no sólo á ser caritativo en el supremo grado, sino hasta á hallarse dispuesto á sacrificar su persona si así puede salvar á muchos otros, sucederá naturalmente que este hombre que se reconoce en todos los seres y que descubre su esencia íntima y verdadera en todas las criaturas, deberá considerar también como propios los padecimientos infinitos de todo lo que respira y apropiarse así el dolor universal. No habrá miseria alguna que le sea indiferente en lo sucesivo. Todos los tormentos que ve, y que puede aliviar tan raras veces, todos aquellos que sólo conoce indirectamente y hasta los mismos cuya mera posibilidad concibe, le conmoverán al igual de los suyos. Su mirada

no estará fija exclusivamente sobre su dicha y su desgracia personales, como les ocurre á los que se hallan dominados aún por el egoísmo. Todo le conmueve de igual manera desde el instante en que se emancipa del principio de individuación. Comprende ya el mundo y la naturaleza entera: ve todo lo que existe destinado á un aniquilamiento perpetuo, á vanas esperanzas, al conflicto consigo mismo y al dolor sin tregua; á cualquier lado que vuelva sus miradas ve padecer al hombre, ve padecer al animal, ve un mundo que se desvanece. Todo esto le conmueve tanto como al egoísta sus males personales. ¿Cómo, pues, un hombre, después de haber reconocido claramente cuál es la naturaleza del mundo, podrá persistir en afirmar semejante existencia por manifestaciones incessantes de voluntad y aferrarse á la vida con energía cada vez mayor?

Si la inteligencia del hombre dominado por el principio de individuación y todavía esclavo del egoísmo, no concibe más que las cosas particulares y las relaciones de éstas con su persona, para sacar continuamente nuevos motivos para uso de la voluntad, el otro conocimiento, el que se apodera del conjunto y de la naturaleza de las cosas en sí, se convierte por el contrario en un aquietador de toda volición. A partir del instante en que aparece este conocimiento, la voluntad se aparta de la existencia, cuyos goces le causan horror, pues ve en ellos la afirmación de la vida. El hombre llega entonces á un estado de renuncia voluntaria de sí mismo, de resignación, de quietud perfecta y de desasimiento absoluto de todo querer.

A nosotros, al común de los mortales, á quienes deslumbra todavía el velo de Maya, ocurre á veces que una desdicha personal hondamente sentida ó un dolor ajeno contemplado en toda su plenitud, vienen á revelarnos

toda la vanidad y toda la amargura de la existencia y nos disponen á arrancar de nuestro seno, por una renuncia definitiva, el aguijón de los deseos; á cerrar todo acceso al dolor, á purificarnos y á santificarnos; pero volvemos á caer bien pronto bajo la acción del engañoso encanto del mundo fenomenal, y los motivos que de él sacamos no tardan en poner nuestra voluntad en movimiento; somos impotentes para desasirnos de aquél. Las promesas atractivas de la esperanza, las seducciones de lo presente, la dulzura de los goces, la prosperidad que el azar ó una ilusión nos otorgan, en medio de los dolores de un mundo de miseria, todo esto tira de nosotros hacia atrás y aprieta de nuevo nuestras ataduras. Por eso decía Jesús: *Es más fácil que un cable pase por el ojo de una aguja, que entre un rico en el reino de Dios.*

Se puede comparar la vida á un camino circular, cubierto, salvo algunos espacios libres, de carbones encendidos, y que el hombre tiene que recorrer sin descanso. El espacio frío que tiene por un momento bajo los pies, ó que divisa próximo á él, le tranquiliza mientras se forja ilusiones y continúa su marcha. Pero el que por haber penetrado más allá del principio de individuación, ve la verdadera naturaleza y el conjunto de las cosas, no puede ser accesible á semejantes consuelos; se ve, á un mismo tiempo, en todos los puntos de la ruta y prefiere salir de ella. Su voluntad se convierte. En lugar de afirmar, niega su propia esencia, de que el cuerpo no es más que reflejo. El fenómeno que anuncia esta transformación es el paso de la virtud al *ascetismo*.

El hombre no se contenta ya con amar á los demás como se ama á sí mismo, y hace por ellos cuanto haría por sí; tiene horror de ese ser, cuya expresión visible es su persona; detesta esa voluntad de vivir, esencia y elemento íntimo de un mundo cuya desolación ha recono-

cido. Reniega de esa Naturaleza que se manifiesta y expresa ante sus ojos en el cuerpo, y todos sus actos dan un mentís á su fenómeno corporal y se ponen en conflicto con él.

Aunque esencialmente es un fenómeno de la voluntad, cesa de querer cosa alguna; huye de todo apego de la voluntad á un objeto cualquiera, y procura fortalecer sin descanso en su corazón, la indiferencia más perfecta hacia todas las cosas.

En su cuerpo válido y robusto, el instinto sexual se manifiesta en las partes genitales; pero él reniega de su querer y hace mentir á su cuerpo: no quiere, en manera alguna, satisfacción sexual. Una castidad voluntaria y absoluta es la primera etapa en la vida ascética, ó negación de la voluntad de vivir. La continencia niega esta afirmación de la voluntad, que va más allá de la vida individual, y anuncia que con la vida del cuerpo cesará también la voluntad, de que es ese cuerpo imagen exterior.

La Naturaleza, siempre verídica y sincera, atestigua, que si este precepto se hiciese universal, la raza humana se extinguiría, y según dije en el segundo libro acerca del encadenamiento de los fenómenos de la voluntad, creo poder admitir, que con su manifestación más brillante, desaparecería también su pálido reflejo; es decir, los animales, como desaparece ante la luz del sol, la penumbra. Y si el conocimiento se desvaneciera totalmente, todo el resto del mundo se aniquilaría por sí, pues sin sujeto no hay objeto. Puede aplicarse á esto un pasaje del Veda, que dice: «Así como en este mundo, los niños hambrientos se agrupan alrededor de su madre, todas las criaturas esperan el sacrificio santo.» (*Asiatic researches*, vol. 8, Colebrooke.) En los Vedas, en el extracto del Sama Veda, y también en la obra del mismo autor

Miscellaneous essay, vol. I, p. 88,) sacrificio significa resignación en general, y el resto de la Naturaleza espera su salvación del hombre, que es á la vez el sacerdote y la víctima. Es curioso y merece recordarse á propósito de esto, que un místico admirable y muy profundo, Angel Silesio, expresara el mismo pensamiento en una composición titulada «El hombre lleva todas las cosas á Dios»: he aquí el pasaje á que aludo:

¡Hombre! todo te ama; en torno á ti todo se apresura:
Todo corre hacia tí, para llegar hasta Dios.

Un místico más grande todavía, Meister Eckhård, cuyos admirables escritos nos son conocidos, al fin, por la edición que de ellos ha hecho Franz Pfeiffer (1857), se expresa en la página 559, con el mismo espíritu, de la manera siguiente: *Confirmo esto con las palabras del Cristo, que ha dicho: «Y cuando yo ascienda de la tierra atraeré todas las cosas hacia mí.» Por eso, el hombre bueno debe llevar todas las cosas á Dios, que es su primer origen. Los doctores nos enseñan que todas las criaturas han sido hechas á intención del hombre. Comprobad esto en cada criatura, viendo cómo una criatura utiliza á otra: el rumiante la hierba, el pez el agua, el pájaro el aire, las fieras la selva. Así todas las criaturas son de provecho para el hombre bueno, que las lleva unas en otras, á Dios.»* Con esto quiere decir, que como el hombre redime en sí y consigo, á los animales los utiliza en esta vida. Me parece que en el mismo sentido debe interpretarse el oscuro pasaje de la Biblia, contenido en la Epístola á los Romanos, VIII, 21 á 24.

El budismo no carece tampoco de pasajes que expresan el mismo pensamiento: por ejemplo, cuando Buda, todavía como Bodisatva, hace ensillar su caballo por última vez para huir de la casa paterna é irse al desierto, dice al animal: *Desde hace mucho tiempo me ayudas á vida*